

**César Aira, *Un episodio en la vida del pintor viajero*,  
Bogotá, Ediciones Brevedad, 2002, 97 páginas.**

El viaje del naturalista Alexander von Humboldt a América (1799-1804), fue la tarjeta de invitación para numerosos viajeros que en el transcurso del siglo XIX visitaron el territorio hispano y luso-americano, todos ellos con el deseo de conocer y dar a conocer el encanto y las riquezas de este continente. Varios autores han estudiado las experiencias y travesías de dichos viajeros, y ahora el escritor argentino César Aira nos deleita con *Un episodio en la vida del pintor viajero*, un breve relato inspirado en el viaje emprendido en 1837 por el alemán Johann Moritz Rugendas (1802-1858) desde San Felipe de Aconcagua (Chile), atravesando la cordillera de los Andes, rumbo a Buenos Aires.<sup>1</sup>

Aira comienza por explicar el origen de la familia Rugendas. Johann Moritz era hijo, nieto y bisnieto de pintores, pero a diferencia de sus antecesores, todos ellos famosos por pintar batallas de la época, él consagró su talento a pintar el paisaje americano y las costumbres de sus gentes.

Imbuido de la fascinación de la Europa decimonónica hacia la naturaleza y los habitantes de lugares pintorescos y remotos, Rugendas combinó su vocación de pintor con la de viajero. A los diecinueve años se unió a una expedición al Brasil patrocinada por el zar de Rusia, al mando del naturalista alemán Georg Heinrich von Langsdorff. A Rugendas le correspondía documentar pictóricamente los paisajes del recorrido. No obstante, poco después de llegar al Brasil, el joven Rugendas se separó de la excursión a raíz de sus diferencias con el barón, pues su espíritu romántico cho-

---

1. César Aira es traductor, novelista y ensayista, y uno de los autores más prolíficos de Argentina en los últimos años. Entre su larga lista de obras figuran: *El llanto* (1992), *Cómo me hice monja* (1993), *La costurera y el viento* (1994), *Los dos payasos* (1995) y *La serpiente* (1998).

có con el afán de lucro de Von Langsdorff.

Durante los siguientes cuatro años Rugendas viajó por cuenta propia. Visitó Río de Janeiro, Minas Gerais, Mato Grosso, Espírito Santo y Bahía. En 1825 regresó a Europa, y en medio de la búsqueda de editor para las pinturas de su viaje conoció al naturalista Alexander von Humboldt, quien lo ayudó. Su *Viaje pintoresco por Brasil* se editó por entregas entre 1827 y 1835, con textos redactados por Víctor Aimé Huber con base en las notas de Rugendas.

El éxito editorial de la obra mencionada dio a conocer el nombre de Rugendas en Europa, al punto que sus ilustraciones se reprodujeron en afiches y hasta en vajillas, y años más tarde le merecieron la calificación de Humboldt como el "creador y padre del arte de la representación pictórica de la fisonomía de la naturaleza" (p. 14).

El segundo viaje de Rugendas a América se prolongó por dieciséis años (1831-1847), lapso durante el cual se dedicó a captar en sus pinturas la vegetación, la fauna, los tipos humanos, los trajes, las actividades y costumbres, las viviendas, los medios de transporte, los monumentos prehispánicos, las ciudades, los productos naturales y artesanales de los países que visitó: Haití (1831), México (1831-1834), Chile (1834-1842), Perú (1842-

1844), Argentina (1845), Uruguay (1845) y, por segunda vez, Brasil (1846).

En diciembre de 1837, desde San Felipe de Aconcagua (Chile), Rugendas emprendió su anhelado viaje a la gran ciudad de Buenos Aires. Viajó en compañía de Robert Krause, otro pintor alemán y fiel admirador de la obra del primero. Durante el recorrido, ambos pintaron cuanta novedad encontraron en el camino.

Aira nos muestra un Rugendas asaltado por la inquietud del significado y trascendencia de su obra pictórica. En medio de la travesía, una y otra vez se preguntaba hasta cuándo el género de la pintura descriptiva estaría en boga en Europa:

¿Y si la pintura lo abandonaba?  
No le quedaría nada. No tenía ni casa, ni dinero en el banco, ni capacidad para los negocios. Su padre había muerto, él vivía desde hacía años errando por países extranjeros... En efecto, toda la gente con que se cruzaba, en ciudades y aldeas, en selvas y montañas, se las arreglaba para mantener su vida a flote; pero estaban en su contexto, sabían a qué atenerse. Mientras él estaba a merced de un raro azar (pp. 25-26).

A medida que los viajeros descendían al otro costado de los Andes, la temperatura comenzó a subir. Pronto se hallaron en Mendoza,

un pueblo fronterizo donde los terremotos y los repentinos ataques indígenas, conocidos localmente como "malones", cautivaron la atención de Rugendas. La idea de plasmar visualmente ambos fenómenos lo ilusionó durante todo el mes que él y Krause permanecieron allí, pero al ver que ninguna de las dos situaciones se presentaba, optaron por continuar hacia Buenos Aires.

Al cruzar las pampas, la abrumadora monotonía del paisaje los privó de tema para sus dibujos y pinturas. En medio de la inmensa llanura, ambos viajeros perdieron el rumbo y Rugendas decidió que convenía seguir un tramo separados a ver si daban con algún caserío. Al rato, Rugendas se vio envuelto en una fuerte e inesperada tormenta, y de repente, un rayo le cayó encima, y unos segundos después un segundo rayo lo tumbó del caballo. En palabras de Aira:

La circunstancia era anormal en grado sumo. En efecto, el caballo se levantaba, erizado y monumental (...) y se iba... ¡Pero Rugendas se iba con él! No podía ni quería entenderlo, era demasiado monstruoso. Se sentía arrastrar, casi levitar (...) La marcha se hacía más rápida y él colgado atrás, rebotando, sin comprender nada... (pp. 42-43).

Un rato después, cuando Krause por fin encontró a Rugendas, se quedó mudo del horror:

La cara de Rugendas era una masa tumefacta y ensangrentada, la frente tenía el hueso expuesto, y le colgaban jirones de piel sobre los ojos. La nariz había perdido su forma reconocible, el aguileño ausburgués, y los labios, partidos y retraídos, dejaban ver todos los dientes y muelas milagrosamente intactos (p. 43).

El accidente detuvo a los viajeros durante dos semanas en la población de San Luis, mientras Rugendas estaba en condiciones de continuar el viaje. El intenso dolor lo obligó a recurrir al opio, "la leche en polvo de amapolas", y a la morfina, drogas que entraron a formar parte de su vida cotidiana. En vista de su delicado estado de salud, los viajeros decidieron regresar a Chile.

Estando convaleciente, Rugendas retomó la pintura, con más ahínco que antes. A pesar de su apariencia monstruosa, su destreza en la utilización del color y la finura de sus trazos le merecieron la admiración de todo el que veía su obra.

Al volver a pasar por Mendoza, el pintor tuvo la sorpresa de presenciar un "malón". El "malón" no tenía anuncio. Un grupo de indios caía de sorpresa a un pueblo o a una estancia para robar cuanto podían, ganado y mujeres usualmente. De inmediato, los varones, jóvenes y adultos de la localidad organizaban la defensa armados con lo que encontraran a la mano para perse-

guir a los indios. Rugendas y Krause no se apartaron de la acción para no perder detalle, pues querían registrar pictóricamente el suceso.

César Aira concluye el relato con una dramática descripción de Rugendas pintando obsesivamente en medio del "malón", a pesar del caos y el peligro circundantes,

En la noche de una jornada de correría se presentaba un pintor a revelarles la verdad alucinada de lo que había pasado. [...] Rugendas por su parte estaba tan concentrado en los dibujos que no se daba cuenta de nada. Drogado por el dibujo y el opio, en la medianoche salvaje, efectuaba la contigüidad como un automatismo más. El procedimiento seguía actuando por él. De pie a sus espaldas, oculto en las sombras, vigilaba el fiel Krause (pp. 96-97).

El texto de Aira combina la ficción con la realidad, lo mágico con lo histórico, logrando recrear con acierto las vivencias de los artistas viajeros, la mirada europea sobre Hispanoamérica, la relación entre arte y vida, la pintura como un modo de expresar la realidad y como una ventana para conocer la historia. El

cuento o novela, no sé como clasificarlo, deja entrever el amplio mercado que tuvo la pintura de paisajes y costumbres exóticas y pintorescas durante la primera mitad del XIX. Hoy, las pinturas de viajeros como Rugendas, además de ser consideradas una valiosa fuente de conocimiento de la vida americana, se han vuelto obras de arte cada vez más cotizadas.

Aunque César Aira no proporciona detalles acerca de la documentación consultada para escribir este relato, menciona el extenso legado epistolar de Rugendas, con el cual se habría "podido perfectamente reconstruir su vida viajera día por día, casi hora por hora, sin perder ningún movimiento de su espíritu, ninguna reacción, ningún escrúpulo" (p. 53).

Este relato de Aira, al igual que Rugendas con su pintura, le ofrece al historiador un grato camino para conocer nuevas facetas de la historia latinoamericana del siglo XIX.

#### **Lina García**

Estudiante del Seminario "Arte e historia", Departamento de Historia, Universidad de Antioquia.